

Valor compartido e inversión de impacto



Dilip
K. Khullar

La insatisfacción de los ciudadanos con la desigualdad surgida tras la última gran crisis económica se ha convertido en caldo de cultivo propicio para el surgimiento de movimientos populistas, Brexit incluido. Ante este panorama, cada vez son más los líderes empresariales que alzan su voz para que las empresas se impliquen en el bienestar de la sociedad, más allá del objetivo puro y duro de la búsqueda del legítimo beneficio económico.

En su última carta anual a los primeros ejecutivos de las compañías en las que Blackrock tiene sus principales inversiones, su presidente, Larry Fink, les animaba a involucrarse más en contribuir a resolver los problemas de la sociedad, sobre todo cuando se está viendo que los gobiernos no lo hacen de manera efectiva. Más recientemente, Carl-Henric Svanberg, presidente de la European Round Table of Industrialists (ERT), que reúne a más de medio centenar de consejeros delegados y presidentes de las mayores multinacionales europeas, declaraba: “creemos en el capitalismo, pero tenemos que orientar este en una dirección en la que realmente trabaje al servicio de todos”.

Ya dentro de nuestras fronteras, la presidenta de Santander, Ana Botín, ha llegado a comentar ante sus accionistas que “generar beneficios es importante, pero también lo es que estos beneficios reviertan a toda la comunidad”. Y el presidente del **Círculo de Empresarios**, John de Zulueta, señalaba en un reciente artículo que “en el ámbito de la empresa, cada vez hay más consenso

en que debemos evolucionar desde conceptos tradicionales basados en la maximización del retorno a los inversores a corto plazo, hacia otros que contemplen el impacto de las acciones y estrategias en ámbitos más amplios, en una transición desde una visión mecanicista de la empresa a otra más humanista”. Conceptos como Responsabilidad Social Corporativa o Environmental, Social and Governance (ESG), término más reciente y global que incorpora a los accionistas, se han ido imponiendo con el tiempo como modelos de compromiso con el entorno de empresas e inversores, ante una opinión pública cada vez más exigente en estas cuestiones y unos organismos reguladores especialmente meticulosos.

Pero hay otras maneras de que la empresa se implique en ayudar a la sociedad en la que desarrolla su actividad que pueden ser mucho más efectivas. Desde hace ya tiempo, por ejemplo, la denominada Iniciativa de Valor Compartido (*shared value*), liderada por el conocido gurú Michael E. Porter de Harvard junto a Mark R. Kramer, señala que la respuesta correcta a este problema está, más que en la filantropía o en la acción del Gobierno, en las políticas y las prácticas que mejoran la competitividad de una em-

Muchas compañías de ámbito global se orientan ya hacia la filosofía del valor compartido

presa al tiempo que ayudan a mejorar las condiciones económicas y sociales en las comunidades en las que opera.

Progreso económico y social

La creación de valor compartido se orienta a identificar y expandir las conexiones entre los progresos económico y social. Se genera valor económico creando valor social. Se trata de incorporar una perspectiva empresarial atendiendo a necesidades sociales, para que el negocio lleve en su propio ADN el impacto social de su actividad. La inversión de impacto (*impact investing*) sería, por su parte, la aplicación de la filosofía del valor compartido a las estrategias inversoras de los fondos de capital o inversiones colectivas.

En países como Estados Unidos, que suelen estar a la vanguardia de iniciativas inversoras que posteriormente se acaban imponiendo, más de un 90% de los inversores consultados sobre este tema destacan que el concepto de inversión de impacto es importante para sus estrategias de inversión.

Muchas compañías de ámbito global se están orientando ya por este camino. Y se espera que esta tendencia crezca a medida que la generación de los mileniales, con una conciencia social más acusada, se vaya incorporando con mayor capacidad de decisión sobre el destino de las grandes inversiones.

En España, sin embargo, y a pesar de que poco a poco se vienen sucediendo iniciativas que contemplan las buenas prácticas, el respeto al medio ambiente y el compromiso con la sociedad como activos a tener muy en cuenta a la hora de invertir, valor compartido e inversión de impacto son conceptos relativamente novedosos. Para que avancen tendría que desarrollarse un nuevo ecosistema que anime a los inversores privados a orientar sus estrategias por este camino.

Citando de nuevo a John de Zulueta, “las empresas deben demostrar su compromiso con los países, regiones y comunidades en que operan, especialmente en las cuestiones relevantes para la prosperidad futura. Solas no pueden resolver todos los problemas, pero algunos no pueden resolverse sin el liderazgo empresarial”. También los inversores en general deberían guiarse por esta filosofía. Valor compartido e inversión de impacto pueden contribuir a superar las desigualdades y la insatisfacción ciudadana.

Miembro de la Junta directiva del **Círculo de Empresarios** y ‘*managing director*’ en Estabona Management

